

tante del establecimiento, y nos fué inmediatamente concedido.

El cocinero esperaba al provisor teniendo delante de sí sobre una gran mesa una media docena de cacerolas de distintas dimensiones, á las que estaban esperando otras tantas hornillas encendidas. Por algunas palabras que dirigió al hermano cuestor creí comprender que le reprendía por ir un poco tarde; el hermano cuestor se excusó como pudo y abrió su alforja cargada del un lado con una vasija grande de hoja de lata. La vasija fué sacada de un envoltorio y abierta inmediatamente presentando á la vista su grueso vientre repleto de alones de pollo, de cuartos de pato, de medios pichones, de chuletas, de pedazos de carne y trozos de conejo. El cocinero echó una mirada de satisfaccion sobre la limosna del dia, y despues con una admirable agilidad distribuyó con la ayuda de sus dedos las diferentes raciones en las marmitas, á la manera que un regente de imprenta descompone una forma, poniendo las patas con las patas, las alas con las alas, dividiendo las especies entre sí y formando un todo completo con las diferentes partes que habian pertenecido á individuos del mismo género; despues, habiendo compuesto para cada especie una salsa acomodada al objeto, sirvió á la santa comunidad una comida que no dejaba de exhalar un perfume sumamente tentador, que tenia un aspecto de los mas suculentos y que el prior nos invitó con galantería á participar de ella. Desgraciadamente podia aplicársenos perfectamente el proverbio gastronómico de que para hallar la comida buena, es preciso no verla

condimentar. Dimos gracias, pues, con un reconocimiento tal como si no hubiésemos asistido á la extraña preparacion que nos habia quitado por el pronto el apetito; por lo que hace á Jadin, habia desistido para siempre de la idea de hacerse pensionista en alguna de las cuatro órdenes mendicantes.

Como se hacia tarde, y estábamos andando desde la mañana, volvimos á casa del conde de Gargallo; donde encontramos una comida que nos hizo glorificar al Señor y que nos habia sugerido la idea de rehusar la de los capuchinos. Por la tarde recorrimos todas las tabernas de la ciudad, á fin de probar los mejores vinos y hacer de ellos provision, enviándola á bordo del *Speronare*. *Lucrecia Borgia* acababa de poner en moda el vino de Siracusa, y no quise yo perder tan buena ocasion de surtir de él mi bodega: el mas caro nos costó un franco el *frasco*; era un vino que en París valia 20 francos la botella.

A la mañana siguiente continuamos nuestra excursion interrumpida la vispera; pero esta vez con un simple cicerone de plaza: el conde quedaba en la ciudad para organizar un paseo en lancha sobre el Anapus. Al momento ofrecí con todo el fausto y el orgullo de un propietario la chalupa del *Speronare* y dos de nuestros marineros; pero á la manera que los guias suizos, los marineros de Siracusa tienen privilegios que todo viajero debe respetar.

Tomamos el mismo camino que la vispera; pero á la mitad del convento de los Capuchinos volvimos hácia la costa y atravesamos Neápolis. Nuestro guia habiendo

sido advertido de que habíamos visto las prisiones así como las catacumbas de San Juan y que deseábamos no emplear tiempo en ellas segunda vez, nos condujo directamente á las ruinas del palacio de Agatocles, denominadas hoy todavía la *Casa de los sesenta lechos*. De este palacio quedan tres grandes habitaciones. Si, como me lo aseguró mi guía, era en aquellas tres grandes habitaciones donde estaban los sesenta lechos, la hospitalidad del magnífico siracusano debía semejarse en gran manera á la del Hôtel-Dieu. El anfiteatro, que está á algunos pasos solamente de la casa de Agatocles, es una construcción romana; los Griegos, como se sabe, jamás habían apreciado tanto como el pueblo rey los combates de los gladiadores: así que es pequeño y poco notable para cualquiera que haya visto los circos de Arles y de Nimes y el Coliseo de Roma.

Entre el anfiteatro y el teatro están las prisiones de los Cordeleros, llamadas así porque hoy se hila allí el cáñamo; en esas prisiones es donde se encuentra la famosa cantera denominada el Oído de Dionisio. No sé qué grado de parentesco existía entre el rey Dionisio y el rey Midas; pero creo que este debía tener alguno con el tirano de Siracusa, pues la cantera, que lleva el nombre de su aparato auditivo, tiene exactamente la misma forma que generalmente se concede á los oídos que el rey de Frigia había recibido de la munificencia de Apolo.

Lo que ha hecho dar á aquella cantera, cuyo origen se ignora, porque está acabada y tallada con demasiado cuidado y de una manera muy extraña para que su exis-

tencia sea debida á una simple extracción de la roca, lo que, decia, ha hecho dar á esta cantera el nombre que lleva es la facultad de transmitir el menor ruido que se hace en su interior á un pequeño espacio abierto en la extremidad superior de su orificio. Este espacio pasa generalmente por el gabinete de Dionisio. El tirano, que se entregaba á un estudio especialísimo de la acústica, iba, según dicen, á escuchar allí los lamentos, las amenazas y los proyectos de venganza de sus prisioneros. No aconsejo á ningún viajero ponga en duda este punto histórico si no quiere exponerse á ser despreciado soberanamente por su cicerone.

El Oído de Dionisio está excavado en un trozo de roca tallado á pico, de una altura de ciento veinte pies próximamente; la extremidad superior de la abertura se halla á setenta pies de elevación, poco más ó menos, lo que hacia, á mi parecer, sumamente fácil ejecutar una conspiración en Siracusa; no había más que aguardar el momento en que el tirano estaba en su gabinete y retirar la escala. Me he formado, lo confieso, una idea muy mediana de los antiguos habitantes de Siracusa, cuando habiendo leído todos los autores que han hablado de aquella ciudad, me he asegurado de que no se les había ocurrido esta idea.

Nuestro guía nos ofreció que nos convenceríamos prácticamente de la verdad de lo que había dicho sobre la transmisión de los sonidos. A las primeras palabras que dijo y antes que hubiéramos tenido tiempo de responder si ó no, vimos tres ó cuatro mozos, gente alegre, cuya industria consiste en acechar á los extranjeros que

se aventuran en sus dominios y ponerse en movimiento para preparar los medios de ascension; al cabo de diez minutos, dos de entre ellos echaban una cuerda desde lo alto de las rocas. Casi al momento, colocaron la cuerda en una polea, se ató una silla á la cuerda y uno de ellos comenzó á elevarse, tirando los demás, con el objeto de acostumbrarnos con su ejemplo á aquel extraño modo de locomocion.

Como el ejemplo, por mas incitador que fuese, no tenia sobre nosotros un gran poder de atraccion, y sin embargo, deseábamos hacer la experiencia uno de nosotros, echamos pajas para saber quién tendria el honor de subir á la aérea habitacion del tirano. La suerte favoreció á Jadin, el cual hizo un gesto que probaba que no apreciaba en gran cosa aquella felicidad; mas no por eso dejó de sentarse con ánimo en la silla. Apenas se sentó, cuando, como si nuestros guías temiesen que se volviese atrás de su resolucion, se elevó majestuosamente en el aire, donde comenzó á dar vueltas como un ovillo de hilo que se devana. Milord dió estrepitosos aullidos viendo á su amo tomar aquel camino no acostumbrado, y yo, lo confieso, le seguí con la vista con cierta inquietud hasta que le ví sólida y confortablemente aposentado en su palomar. Sin embargo, tranquilizado por el mismo Jadin sobre el modo como estaba alojado, entré en la cantera para hacer los diferentes experimentos que se acostumbran en aquel caso.

Al revolver, la cantera se ahonda, pero conservando siempre la misma forma, á trescientos cuarenta piés sobre poco mas ó menos de profundidad. Anillos de

hierro colocados de distancia en distancia, han sido considerados largo tiempo como que han servido segun todas probabilidades, para atar los cabellos. Esto no impidió que nuestro guia, que no era de ningun modo del parecer del ilustre abad, los tuviera como instrumentos de tortura. No quisimos contrariarle por tan poca cosa y nos compadecimos con él de los desgraciados que estaban tan incómodamente aferrados á la pared.

Luego que llegó al fondo de la cantera, nuestro guia, habiéndose asegurado de que Jadin tenia aplicado el oido al agujerito que tan precioso era para el tirano, me invitó á decir tan bajo como me agradase, pero sin embargo de una manera intelijible, una frase cualquiera, prometiéndome que mis palabras serian trasmitidas inmediatamente á mi compañero, y entonces dijo á Jadin que frotase un fósforo y encendiese su cigarro.

Despues de haberle dado tiempo de acceder á la invitacion que le acababa de hacer, y cuya ejecucion debia probarme que me habia oido, rompimos una hoja de papel; luego, el guia que habia guardado este experimento para el último, tiró un pistoletazo, cuya detonacion, por el mismo efecto acústico, pareció la de un cañonazo. Acudimos al punto al extremo exterior de la cantera para darnos cuenta de los efectos producidos. Encontré á Jadin que fumaba á satisfaccion y que saltaba sobre un pié, rascándose la oreja. Habia oido perfectamente el sonido de mi voz y el ruido del papel. En cuanto al pistoletazo, que era una sorpresa que no esperaba, le habia dejado completamente sordo del oido derecho. Nuestro guia triunfaba.

Jadin descendió por el mismo procedimiento que habia empleado para subir y tocó en tierra sin mas accidente que la permanencia de su media sordera, que duró todo el resto del día.

Volvimos á tomar la via antigua, llena de sepuleros á los lados, y despues de una visita al pretendido sepulcro de Arquimedes, desde lo alto del que, segun nos aseguró nuestro guia, se divertia el ilustre sabio, por la combinacion de sus espejos, en quemar los navíos romanos con la misma facilidad que los niños tienen para encender la yesca con un lente, atravesamos una encrucijada, sobre cuyo piso se veia perfectamente la huella de los carros. Nos encaminamos así hácia el teatro, es-pantando delante de nosotros millares de lagartos de todos colores, únicos habitantes en la actualidad de la antigua Neápolis

El teatro es con las prisiones el monumento mas curioso de Siracusa. Fué edificado por los Griegos; pero se ignora enteramente la época de su construccion. Esta inscripcion que se encuentra en una piedra: ΒΑΣΙΛΙΣΣΑΕ ΦΙΛΙΣΤΙΑΟΣ habia puesto al principio á los sabios en camino y les habia hecho decidir, con su ordinaria seguridad, que se remontaba hasta el reinado de la reina Philitis. Pero hecho este descubrimiento, los sabios se hallaban en un atolladero; la historia no hacia mencion alguna de la susodicha reina, y la cronología, desde Archias hasta Hieron II, no les ofrecia la mas pequeña laguna donde poder ingerir un reinado femenino. Así que esas dos palabras griegas causan la desesperacion de todos los sabios sicilianos; cuando le-

vantan la voz en cualquier cuestion, con solo pronunciar con claridad esas dos palabras mágicas, inclinan su frente, suspiran profundamente, toman su sombrero y se van.

Sea como quiera, el teatro está allí, existe, no se puede negar; es el mismo en que Gelon reunió al pueblo armado, y donde fué solo y sin armas á darle cuenta de su administracion. Agatocles reunió á los siracusanos despues del asesinato de los mas principales de la ciudad, y Timoleon, anciano y ciego, fué allí tambien, segun asegura Plutarco, para defender con los consejos de su guia á los que habia librado por la fuerza de su brazo.

Nada mas pintoresco, por lo demás, que estas admirables ruinas de que se ha apoderado un molinero, á quien nadie inquieta. Allí hace tranquilamente su obra, sin soñar siquiera en los recuerdos respetables que huella con sus piés. Las aguas del antiguo acueducto de Neápolis, separadas de su curso, caen con ruido desde tres arcos, y van, despues de caer en pequeñas cascadas sobre los dos primeros pisos del teatro, á hacer andar prosáicamente la rueda del molino: desde aquí el agua recogida se esparce por el edificio, corre chocando entre las piedras, y se escapa por mil canalitos plateados que se ven relucir en medio de los algarrobos, de los aloes y adormideras. En el fondo, y mas allá de una llanura donde crecen los olivos, se ve á Siracusa, y mas allá de Siracusa el mar:

La vista es magnífica. Jadin se detuvo allí para sacar de ella un boceto. Yo le ayudé á colocarse y le dejé pa-

ra continuar mi excursión, prometiéndole volver á reunirme con él en el sitio donde le dejaba.

Seguí el camino de Siracusa á Catania que separa Acradina de Tiche, sin hallar señal de otras ruinas que las correspondientes á la roca misma. Las casas estaban edificadas sin cimientos, la piedra adherida á la piedra, hé aquí todo: sin embargo, se siguen las líneas que ellas describian con cierta pena. Las calles son mucho más fáciles de reconocer; los carriles señalados en ellas sirven de líneas conductoras y dirigen la vista con seguridad. Además de los restos de las casas y los carriles de los carros, el piso está lleno de agujeros irregulares, que debían ser pozos, cisternas, estanques, baños y acueductos.

Llegados á la *Scala Pupaggio*, en lugar de bajar al puerto Trogile, hoy el *Stentino*, que no ofrece nada de curioso, subimos hácia el *Epipoli*, siguiendo los restos de aquella antigua muralla que Dionisio, según se dice, hizo edificar en veinte días por sesenta mil hombres.

El *Epipoli*, como lo indica su nombre, era una fortaleza elevada sobre una colina, y que dominaba los otros cuatro barrios de Siracusa. Se ignora la época de su fundación; todo lo que se sabe es que existía en tiempo de las guerras del Peloponeso. Los Atenieses, conducidos por Nicías, se habían apoderado de ella y habían establecido allí sus comercios; pero fueron desalojados casi al punto por sus antiguos enemigos los Eparciatas, que por su parte habían atravesado el mar para ir en socorro de los siracusanos. Después de la expulsión de los

tiranos, Dion se apoderó de ella, y añadió nuevas fortificaciones á las antiguas. Al pié del *Epipoli* están las prisiones de Dionisio el Joven.

Subimos á la cima del *Epipoli*, que posee hoy un telégrafo que descansaba con un aire de pereza que daba gozo verle, á pesar de las multiplicadas señales del telégrafo correspondiente. Empujamos suavemente la puerta, y nos encontramos los empleados que dormían tranquilamente. Esto nos explicó la inmovilidad de su maquinaria. Nos guardamos bien de despertarlos.

Desde lo alto del *Epipoli*, y volviendo la espalda al mar, se domina á la derecha el llano ó campo *Marcellus*, y á la izquierda todo el curso del *Anapus*. En el último término de aquel cuadro, se eleva en anfiteatro el *Belvedere*, linda aldea que pareció dormía á la sombra de sus olivos con tanta voluptuosidad como los empleados á la sombra de su telégrafo.

A quinientos pasos de la ciudad, y cerca del río *Anapus*, me hizo notar el guía una pequeña capilla gótica que me propuso fuese á ver, porque había pasado allí, hacía unos cincuenta años, una terrible historia. Le respondí que veía perfectamente la capilla, y que me contentaría con saber la historia terrible, si me la quería referir. Mi guía me hizo notar que siendo la historia larga y sumamente interesante, no debía en conciencia ser comprendida en la tarifa de su jornal, que era medio duro. Yo le tranquilicé, asegurándole que tendría medio duro por su diario y otro medio por la historia. Desde entonces no opuso ninguna dificultad, y comenzó una relación de la que nos ocuparemos en otro capítulo.

La hora era bastante avanzada. Nos aproximábamos al medio día; el sol estaba en su zenit, y me caía de lleno generosamente con un calor de cuarenta grados, reflejando en las baldosas de Tiche. Pensé que era tiempo de volverme con Jadin y de volver á tomar con él el camino de Siracusa. Me encaminé, pues, hácia el teatro, donde con gran admiracion mia no hallé mas que su asiento, su carton y su quitasol. Comencé á temer que Jadin no hubiese sido victima de alguna historia terrible del género de la que acababa de contarme mi guia, cuando le ví á caballo sobre la rama mayor de una magnífica higuera, que le daba á la vez sombra y alimento. Me aproximé á él, y le hice observar que el molinero á quien pertenecía el árbol podria encontrar extraña la libertad que se tomaba; pero Jadin me respondió orgullosamente que estaba en su casa, y que mediante diez maravedises habia comprado el derecho de comer higos á discrecion, y aun para llenar con ellos los bolsillos. El contrato me pareció mediano para el molinero, conteniendo el vestido de pana de Jadin once bolsillos de diferentes dimensiones.

Volvimos apresuradamente á la ciudad, y sudando como si se nos hubiese zambullido en uno de los tres puertos de Siracusa. Esto me explica la metamorfosis en fuente de Aretusa y de Cyane; una hora mas de aquel delictoso sol, y de seguro pasábamos al estado de rios.

Mr. de Gargallo habia previsto que con tan gran calor estaríamos poco dispuestos á ponernos inmediatamente en camino. Habia en consecuencia detenido la

barca, aunque solo por tres horas, lo que nos dejaba media hora de baño y hora y media de siesta. Así cuando los marineros vinieron á decirnos que todo estaba pronto, estábamos ya tan frescos y dispuestos como si no hubiésemos dejado las camas desde la víspera.

Nos embarcamos esta vez en el gran puerto. Aquí es donde tuvo lugar la famosa batalla naval entre los Atenieses y los siracusanos, en la que los Atenieses tuvieron veinte navios quemados y sesenta echados á pique. Diez ó doce barcas del género de la en que íbamos nosotros, componen hoy toda la marina de los siracusanos.

Nuestra primera visita fué al rio Alfeo. Al poderoso todo es felicidad. El rio Alfeo, como hemos dicho, despues de haber desaparecido en Olimpia, vuelve á aparecer en el gran puerto á doscientos pasos de la fuente Aretusa; sus olas hirvientes son visibles en la superficie del mar, y pretenden que sumergiendo una botella á cierta profundidad, se saca llena de agua dulce y perfectamente buena para beber. Desgraciadamente, no podíamos experimentarlo, puesto que nos faltaban los abjetos de experimento.

Despues nos dirigimos, atravesando el puerto en línea recta, hácia la embocadura del Anapus, otro rio que no carece de cierta distincion mitológica, á pesar de ser mas conocido por el rio Cyane, que afluye á él, que por sí mismo. En efecto, el rio Cyane, que se une á él, á un cuarto de legua próximamente de su embocadura, era lo mejor que habia en la aristocracia de las ninfas, de las náyades y de las hamadriades. No se conoce precisamente ni su padre ni su madre, pero se

sabe por buen conducto que era prima carnal de aquella otra Cyane, hija del rio Meandro, convertida en roca por no haber querido dar oídos á un bello jóven que la amaba apasionadamente, y que se mató en su presencia sin que su muerte la causase la menor emoción. Apresurémonos á decir que su prima no era de temple tan duro; así que fué trasformada en fuente, metamórfosis usada en otro tiempo para las almas sensibles. Hé aquí con qué motivo sucedió este accidente. Dejémoselo referir á Mr. Renouard, traductor de las *Metamórfosis de Ovidio*. Este fragmento, que data de 1628, dará una idea de la manera como se comprendía la antigüedad hácia la mitad del reinado de Luis XIII, llamado el Justo, no, como pudiera creerse, por haber hecho ejecutar á los señores de Marsillac, de Bouteville, de Cinq-Mars, de Thou y de Montmorency, sino porque habia nacido en el signo de Libra.

Pluton acaba de robar á Proserpina, y la lleva en su carro sin saber él mismo á dónde la conducia; en fin, llegó á las cercanías de Ortygie. Hé aquí el texto del traductor:

« Allí estaba Cyane, la ninfa mas nombrada que entonces habia en Sicilia, y que ha dejado en aquel país su nombre á las aguas que todavía lo llevan. Apareció fuera del agua, sacando hasta la cintura, y conociendo á Proserpina, se presentó para socorrerla: — No pasareis mas adelante, dijo á Pluton. ¿Cómo quereis ser por fuerza el yerno de Ceres? Su hija bien merecia ser enamorada con palabras y no ser arrebatada. Para poseerla debiais suplicarla y no forzarla. Por lo que hace

á mí, os lo digo, si me es permitido comparar mi baja-jeza con su grandeza, que en otro tiempo fuí amada del rio Anape, pero no tuvo otro camino que el matrimonio. Procuró largo tiempo mi amistad, y no pudo disfrutar ni el mas mínimo favor mio, hasta que primeramente se captó mi voluntad. — Y haciendo tales exhortaciones, extendia los brazos de uno y otro lado tanto cuanto podia, para impedir al carro ir mas allá; mas Pluton irritado dió con su tridente, cetro de su imperio, tan gran golpe en la tierra, que se abrió, dejando una abertura á sus espantosos caballos, por la cual se volvieron incontinenti al fúnebre palacio de las sombras con la presa que llevaban. Fué tal la desesperacion de Cyane, tanto por haber visto arrebatarse así á Proserpina, como por haber sido despreciada, que su alma cayó en una profunda tristeza de que jamás pudo consolarse. Alimentando las lágrimas sus secretos pesares, se consumió de tal modo que se deshizo en lágrimas y se convirtió en las ondas mismas de que habia sido diosa tutelar. Poco á poco vió ablandarse sus miembros; sus huesos perdieron su dureza y se hicieron dúctiles, como asimismo sus uñas. Todos los miembros, aun los mas débiles, así como los cabellos, los dedos, los piés y los muslos, se convirtieron los primeros en líquido, porque un cuerpo, cuanto menos espeso, mas pronto se convierte en agua. Despues las espaldas, los riñones, las costillas y el estómago se convirtieron en arroyos. En fin, descompuestas sus venas, en lugar de sangre se llenaron de agua, y de todo su cuerpo no la quedó nada que pudiera contenerse con la mano. »

Esta traduccion tuvo el mas grande éxito en el hotel de Rambouillet. La señorita de Scuderi tenia lo que hemos citado por un fragmento capital; Chapelain hacia de él sus delicias, y la señorita Paulet se convertia en fuente ella misma, siempre que se leia este pasaje delante de ella.

El matrimonio del Anapus y de Cyane fué feliz, si se ha de creer en las apariencias, porque las orillas del cauce por donde corren juntos son encantadoras.

Son verdaderas paredes de verdura que se encorvan formando como para imitar una bóveda fresca y sombría. De trecho en trecho algunos claros, que se creerian obra del arte, y que sin embargo no son otra cosa que accidentes de la naturaleza, permiten descubrir en la ribera izquierda las ruinas del Epípoli, y en la ribera derecha las del templo de Júpiter Urius, construido por Gelon, y del que no quedan sino dos columnas. En este templo era donde estaba la famosa estatua cubierta de un manto de oro que Dionisio se apropió, bajo el ingenioso pretexto de que era demasiado pesado en estío y muy frio en invierno. Verres, que era aficionado, apreció aun mas la estatua viéndola sin manto, y la envió á Roma. Era una de las tres mas bellas de la antigüedad; las otras dos eran, como se sabe, la Venus Calipige y el Apolo.

En tiempo de Mirabella, autor siciliano, que escribia hácia principios del siglo xvii, quedaban todavía en pié siete columnas de aquel templo: eran de una sola pieza y tenian veinte y cinco palmos de altura.

Casi en frente de estas columnas, se pasa bajo un puente de un solo arco, echado sobre el Anapus, y cien pasos despues se encuentra la union del riachuelo con el rio. Por galantería dejamos el rio á nuestra derecha y continuamos nuestra marcha por el riachuelo Cyane.

Nada mas encantador, por lo demás, que las mil vueltas y revueltas de aquel rio entre sus dos orillas festoneadas de papiros, ese rey de los cañaverales. Tan pronto son deliciosos lagos de los que se ve el fondo, tan pronto una corriente rápida y estrecha, que se lamenta como si la voz de la misma ninfa refriese todavía á Ovidio su triste metamórfosis; aquí pequeñas islas habitadas por millares de pájaros acuáticos que volaban á nuestra aproximacion ó se escondian entre las cañas, cuya fuga podíamos seguir con la vista por el movimiento que imprimian á aquel bosque de juncos flexibles y móviles. Así fuimos subiendo durante una hora, hasta que llegamos al manantial de la fuente, gran estanque de un centenar de piés de circunferencia. Allí es donde Pluton hirió la tierra con su tridente y desapareció en el infierno. Así, creen algunos que este manantial es un abismo del que jamás se ha podido hallar el fondo. Las gentes del país le llaman Lapsima. Al rededor de este manantial es donde los Cartagineses establecieron su campo.

Al volver, el conde Gargallo mandó á nuestros marineros detenerse un instante en un delicioso reducto sombreado por todas partes por grandes espesuras de papiros, cuyas frondosas copas mecía con gracia el mas leve



viento. Allí es donde quiere la tradición que haya pasado la escena de las hermanas Calipiges.

Las hermanas Calipiges eran, como se sabe, siracusanas. No solo eran las dos mas ricas herederas de la ciudad, sino aun las dos mas bellas que podia haber desde Megara al cabo Pachinum. Entre los dones que la pródiga naturaleza se dignó prodigarlas, era la esbeltez de sus formas lo que las daba nombre. Mas, un dia que las dos hermanas se bañaban juntas en el sitio en que nos hallábamos nosotros, riñeron, pretendiendo cada una de ellas ser mas bella. El proceso era difícil de juzgar para las mismas interesadas, así que llamaron á un pastor que tenia paciendo sus rebaños en las cercanías. El pastor no se hizo llamar dos veces; acudió corriendo, y las dos hermanas saliendo del agua y mostrándose á él en toda su deslumbrante desnudez, le hicieron juez de la cuestion. El nuevo Paris miró largo tiempo indeciso, dirigiendo sus ardientes miradas de la una á la otra; se declaró por la mayor. Encantada del juicio, ella le ofreció su mano y su corazón, que el pastor, como se comprende bien, aceptó con reconocimiento. En cuanto á la mas jóven, hizo la misma oferta al hermano segundo del juez, que, llegando en el momento en que acababa de pronunciar su juicio, habia declarado su parecer en contra de él. Los cuatro jóvenes edificaron entonces un templo á la Belleza; y como cada uno de ellos continuaba firme en su opinion, las dos rivales se decidieron á apelar de ella á la posteridad: hicieron construir por los dos mejores estatuarios de la época las dos Venus, que todavía llevan su nombre, y de las que

la una está en Nápoles y la otra en Siracusa. Dos mil trescientos años han pasado de aquella época y la posteridad indecisa todavía no ha fallado: *Adhuc sub judice lis est*, como dice Horacio.

¡Dichoso tiempo, en que los pastores se desposaban con princesas! ¡Y qué princesas además!